

sus reflexiones para su delantal. ¡Atreverse á comparar á Juan Peyrol con Daniel Eyssette! Ana no lo hubiera permitido.

Mientras tanto Poquita Cosa seguía su obra; comía, bebía, hablaba, se animó y brillaron sus ojos y su mejilla se coloreó.

—¡Eh! ¡Id en busca de vasos, señor Juan Peyrol que Poquita Cosa quiere brindar!

Juan Peyrol fué en busca de los vasos y trincaron primero á la salud de la señora Eyssette; después á la del señor Eyssette, de Jacobo y de Daniel... luego á la de la buena Ana y á la del marido de Ana y por la Universidad, ¿por quién más aun?

De este modo pasaron dos horas bebiendo y charlando del pasado de color de luto, y del porvenir de color de rosa. Recordaron cosas de la fábrica, de la calle de la Lanterne, y á aquel pobre abate al que querían tanto... De pronto púsose en pie Poquita Cosa para marcharse.

—¡Tan pronto!—murmuró tristemente la anciana Ana.

Poquita Cosa se excusó diciendo que tenía necesidad de hacer una visita muy importante antes de abandonar la ciudad. ¡Qué lástima! ¡Se estaba tan bien allí! ¡Tenían que contarse aún tantas cosas! En fin, puesto que era necesario y una vez que el señor Daniel tenía que hacer una visita muy importante, sus amigos no querían detenerle más tiempo.

—¡Buen viaje, señor Daniel! ¡Que Dios os acompañe y guíe, querido señor!

Y hasta la mitad de la calle le acompañaron Juan Peyrol y su esposa con sus bendiciones.

¿Y sabéis á quién tenía que hacer Poquita Cosa aquella visita tan importante antes de abandonar la ciudad? Pues esta á la fábrica á la que tanto quería, y por la que tanto había llorado! Quería ver el jardín, los talleres, los añosos plátanos, amigos de su infancia, todas sus alegrías de los pasados tiempos. ¿Qué queréis? El corazón del hombre tiene sus debilidades; ama lo que puede aunque sea madera ó piedras... ó una fábrica... Aparte de esto ahí está la historia para contaros que Robinson, viejo ya, y de regreso á Inglaterra, se hizo otra vez á la mar y recorrió no sé cuantos miles de leguas para volver á ver su isla de-

sierta. No tiene, pues, nada de particular que, para poder ver la suya, diese Poquita Cosa unos cuantos pasos.

Los antiguos plátanos, cuya empenachada cabeza miraba por cima de las casas, reconocieron á su antiguo amigo que se acercaba á ellos con toda la ligereza que le permitían sus piernas. Desde lejos se hicieron signos y se acercaron unos á otros como para decirse: «¡Ahí está Daniel Eyssette! ¡Daniel Eyssette está de regreso!»

Y éste se apresuró, y, al llegar delante de la fábrica, se detuvo estupefacto al ver grandes tapias grises porlas que no asomaba ni una rama de granado ni de laurel rosa. En vez de ventanas, claraboyas; en lugar de talleres, una capilla, encima de la puerta una gran cruz de arcilla roja con un poco de latín alrededor. ¡Oh! ¡Qué dolor! La fábrica había dejado de serlo, para convertirse en un convento de monjas carmelitas, en el que los hombres no entraban jamás.

V

Gánate la vida

Sarlande es una ciudad no muy grande, de Cevennes construída en el fondo de un valle estrecho que las montañas rodean por todas partes como murallas. Cuando en ella da el sol, es un horno, y si sopla la tramontana, una nevera. El día en que yo llegué la tramontana soplabá con furia desde por la mañana, y por más que esto sucediese en la primavera, Poquita Cosa, que iba en lo alto de la diligencia, sintió, al entrar en la ciudad un frío que le llegó hasta el corazón.

Las calles estaban oscuras y desiertas... En la plaza de Armas no había más que unas cuantas personas esperando el coche y paseándose por delante de la mal alumbrada administración. Sin perder ni un minuto, y apenas me apeé de la imperial del coche, hice que me acompañasen al colegio porque tenía prisa de entrar en

funciones. El colegio no estaba muy lejos de la plaza de los colegiales que rezaban la letanía en la capilla. Después de hacerme atravesar dos ó tres calles silenciosas, el mozo que llevaba mi maleta, se detuvo ante un viejo caserón, en el que parecía que hacía años que todo había muerto.

—Aquí es,—me dijo levantando el pesado aldabón de la puerta que cayó pausadamente. La puerta se abrió sí sola y entramos.

Esperé un momento en el portal, entre la sombra. El mozo dejó mi maleta en el suelo, le pagué y se marchó muy deprisa... Tras él cerróse la puerta pesada ruidosamente... A los pocos momentos se me acercó un portero soñoliento, llevando en la mano un farol muy grande, que me preguntó con aire adormilado:

—¿Sois un alumno nuevo?

Me tomaba por un alumno.

—No, no soy un alumno; vengo á desempeñar la plaza de pasante. Acompañadme al despacho del director...

El portero se quedó sorprendido y quitándose á media su gorra, me invitó á que esperase un momento en su cuarto, porque el señor director estaba en aquel momento en la capilla con los alumnos y no me podría presentar á él hasta que hubiesen concluido los rezos de la tarde. En el cuarto del portero acababan de cenar, y un apuesto mozo de bigote rubio, estaba paladeando un vasito de agua de diente, al lado de una mujercita pálida, enteca, enfermiza y amarilla como un limón y envuelta hasta el cuello en un mantón muy ajado.

—¿Quién es, señor Cassagne?—preguntó el de los bigotes.

—El pasante nuevo,—respondióle el portero señalándome,—y como el señor es tan bajito, le tomé al principio por un alumno.

—La verdad es,—dijo el hombre del bigote mirándome por encima de su vaso,—que aquí hay alumnos mucho más altos y hasta de más edad que el señor... El mayor de los de Veillon, por ejemplo.

—Y Crouzat,—indicó el portero.

—Y Soubeyrol,—añadió su mujer.

Después de decir esto empezaron á hablar entre ellos en voz baja, con la nariz metida en sus vasos de aguardiente, y observándome por el rabillo del ojo...

...uera se oían los silbidos de la framonfana y las voces de los colegiales que rezaban la letanía en la capilla. De pronto sonó una campana, y se oyó gran ruido de pasos en el vestíbulo.

—El rosario terminó,—me dijo el señor Cassagne poniéndose en pie,—subamos á ver al señor director.

Cogió el farol y yo le seguí. El colegio me pareció inmenso con sus corredores interminables, grandes pórticos y anchas escaleras de barandilla de hierro forjado, y todo ello negro, ahumado, muy viejo... El portero me explicó que antes de 1789 había sido la casa escuela de marina, y llegado á contar hasta ochocientos alumnos todos pertenecientes á la más elevada nobleza. En el momento en que acababa de darme estas explicaciones llegamos al despacho del director. El señor Cassagne abrió una mampara forrada de paño, y dió dos golpecitos en la puerta que la seguía y una voz respondió:

—¡Adelante!—y entramos en un despacho muy espacioso tapizado de verde.

En el fondo y ante una gran mesa hallábase escribiendo el director, á la pálida luz de una lámpara, que estaba completamente bajada.

—Señor director,—dijo el portero haciéndome pasar delante de él,—aquí está el pasante nuevo que viene á reemplazar al señor Serrires.

—Está bien,—respondió sin moverse el director y el portero se inclinó y se retiró mientras que yo me quedaba en pie en medio de la habitación retorciendo el sombrero entre los dedos.

En cuanto acabó de escribir volvióse hacia mí el director y pude examinar á mis anchas su faz pequeña, paliducha y seca, iluminada por dos ojos fríos, incoloros. El, por su parte, para verme mejor, echó mano á los lentes y levantó un poco la pantalla de la lámpara.

—Pero ¡si es un muchacho!—exclamó dando un salto en su asiento.—¿Qué quieren que haga yo con un niño?

De momento tuvo Poquita Cosa un miedo terrible porque se vió en la calle y sin recursos de ninguna clase... Tuvo apenas fuerzas para balbucear dos ó tres palabras y entregar al director la carta de recomendación que le dio para él. Cogióla el director, la leyó, releyó, dobló, dobló, volvióla á leer y dijo al cabo, que, gracias á la re-

comendación muy especial del rector y al buen nombre de mi familia, no tenía inconveniente en admitirme en su establecimiento, por más que le daba miedo mi extrema juventud. Empezó en seguida á perorar con tono clamatorio acerca de la gravedad de mis nuevos deberes, pero yo no le hice caso, siendo lo esencial para mí, el que no me despidiese, y me consideraba dichoso, locamente dichoso. Habría querido que el señor director hubiese tenido mil manos para besárselas todas.

Detúvome en mis efusiones un formidable ruido de llaves que chocaban unos con otros. Volvíme con mucha viveza y me encontré cara á cara con un personaje muy lujoso, y de rojas patillas, que acababa de entrar en la habitación sin que se le hubiese oído. Era el inspector general.

Con la cabeza inclinada sobre el hombro, á lo «Ecce homo» me miró con la más dulce de sus sonrisas, al mismo tiempo que sacudía un manojito de llaves de todas dimensiones que llevaba colgado de su índice. La sonrisa habíame prevenido en su favor, pero las llaves rechinaban con un ruido tan insoportable ¡trinc! ¡trinc! ¡trinc! que me dio miedo.

—Aquí está, señor Viot,—dijo el director,—el que va á reemplazar al señor Serrieres.

Inclinóse el señor Viot y me sonrió con la mayor amabilidad del mundo, mientras que sus llaves se agitaban en el aire irónico y maligno como queriendo decir:

—¡Conque ese hombrecillo va á reemplazar al señor Serrieres! ¡Cuaquier cosa! ¡Cualquier cosa!

Comprendió el director tan bien como yo lo que las llaves acababan de decir y añadió suspirando:

—Sé que al marcharse el señor Serrieres sufrimos una pérdida irreparable (al oír esto las llaves lanzaron un verdadero sollozo), pero tengo la seguridad de que si el señor Viot quiere acoger al nuevo pasante bajo su especialísima tutela, é inculcarle sus preciosas ideas acerca de la enseñanza, el orden y la disciplina de la casa no tendrá que sufrir mucho con la partida del señor Serrieres.

Con la misma dulzura y sonriendo respondió el señor Viot que podía contar con su benevolencia, y que no tenía ningún inconveniente en auxiliarme con sus consejos, pero las llaves no se mostraron tan benévolas, y habi-

sido preciso verlas agitarse y rechinar con frenesí como diciendo:

—¡Ten cuidado con moverte, hombrecito!

—Podéis retiraros, señor Eyssette,—dijo el principal,—y esta noche será preciso que la paséis en el hotel y que mañana á las ocho estéis aquí... Idos,—y me despidió con un gesto lleno de dignidad.

El señor Viot, más sonriente y más amable que nunca, me acompañó hasta la puerta, pero antes de separarse de mí me deslizó en la mano un cuadernito, diciéndome:

—Es el reglamento de la casa; leedlo y medítadlo,—y en seguida abrió la puerta, que cerró tras de mí agitando sus llaves de una manera... ¡trinc! ¡trinc! ¡trinc!

Aquellos señores no se acordaron de alumbrarme y durante un momento vagué por aquellos oscuros corredores palpando las paredes para hallar mi camino. De distancia en distancia entraba un poco de luz de la luna, por alguna enrejada y elevada ventana, y me ayudaba á orientarme. De pronto, en el fondo de la galería brilló un punto luminoso que venía á mi encuentro... Dí unos cuantos pasos, la luz se engrandeció, se acercó á mí, pasó por mi lado, se alejó y desapareció. Aquello fué como una visión, pero, por muy rápida que esta fuese, la pude apreciar hasta en sus menores detalles.

Figuráos dos mujeres, no, dos sombras... Una de ellas vieja, arrugada, encogida, plegada en dos, y con unos anteojos tan enormes que la ocultaban la mitad del rostro; la otra joven, esbelta, un poco delgada como todos los fantasmas, pero teniendo, lo que por lo general no tienen los fantasmas, un par de ojos negros muy rasgados, grandes y tan negros... negros... La anciana llevaba en la mano una lamparita de cobre... los ojos negros no llevaban nada... Pasaron las dos sombras por mi lado, rápidas, silenciosas, sin verme, y, á pesar de que hacía mucho rato que habían desaparecido, continuaba yo en pie en el mismo sitio dominado por una doble impresión de encanto y de terror.

Continué mi camino á tientas, y latíendome el corazón con mucha fuerza, y en medio de la sombra figurábaseme ver aún la horrible hada de los anteojos, andando al lado de los ojos negros...

Se trataba en aquel momento de descubrir un asilo para pasar la noche lo que era asunto para mí de bastante importancia. Por fortuna hallé al hombre del bigote, fumando su pipa delante del cuchitril del portero, y en seguida se puso á mis órdenes ofreciéndoseme á acompañarme á un hotelito muy bueno y modesto que no tenía nada de caro, y en el que me servirían como á un príncipe. Ya podéis suponer que acepté en seguida con toda mi alma.

El del bigote tenía aspecto de buen muchacho, y mientras me acompañaba, averigüé que se llamaba Roger, que era profesor de baile, esgrima, equitación y gimnasia en el colegio de Sarlande; que había servido mucho tiempo en los cuerpos de cazadores de Africa, lo que acabó de contribuir á que me fuese muy simpático. Los muchachos sienten siempre impulsos de estimación hacia los soldados. Nos separamos en la puerta del hotel cambiando numerosos apretones de mano y con la formal promesa de llegar á ser un par de amigos.

Y, ahora, quédame que hacerte una confesión lector. Cuando Poquita Cosa se halló á solas en aquella habitación, ante un lecho de posada desconocida, y lejos de los que tanto amaba, estalló su corazón, y el gran filósofo lloró lo mismo que un niño. Al presente, asustábase la vida, y ante ella sentíase débil y desarmado, y lloraba... De pronto, y en medio de sus lágrimas, cruzó la imagen de los suyos por delante de sus ojos, y vió el hogar desierto, la familia dispersada, su madre en un lado, el padre en otro... ¡Sin techo y sin hogar! Y, en aquel momento, olvidando sus propias angustias para no pensar más que en la miseria común, Poquita Cosa tomó una hermosa y heroica resolución: la de reconstituir la casa de Eyssette y reconstruir por sí solo todo el hogar. Enorgullecido por haber hallado tan noble objeto á su vida, enjugó aquellas lágrimas indignas de un hombre, de un reconstructor de hogares, y sin perder ni un minuto, empezó la lectura del reglamento del señor Viot, para ponerse al corriente de sus nuevos deberes.

El tal reglamento, recopiado con cariño, por la propia mano del señor Viot, su autor, era un verdadero tratado que se dividía en tres partes; primera: Deberes del profesor y pasante para con sus superiores; segunda: Deberes

de los mismos para con sus colegas, y tercera: Deberes para con los alumnos. Allí estaban previstos todos los casos; desde el ladrillo roto, hasta el caso de las dos manos que se levantaban en la clase; se consignaba todos los detalles de la vida de los profesores, desde la cifra de sus sueldos hasta la media botella de vino á que tenían derecho por comida. Terminaba el reglamento con una hermosa muestra de elocuencia; un discurso acerca de la utilidad de ese reglamento. No obstante el respeto que le inspiraba la obra del señor Viot, no tuvo Poquita Cosa fuerzas suficientes para llegar hasta el fin, y, precisamente en el pasaje más florido del discurso se quedó dormido.

Dormí muy mal aquella noche, turbando mis sueños, mil fantásticos ensueños... Figurábase una vez oír las llaves del señor Viot ¡trinc! ¡trinc! ¡trinc! ó bien que veía al hada de las gafas venir á sentar á la cabecera de mi cama y que me despertaba sobresaltado: otras veces, también veía los ojos negros ¡oh! ¡qué negros eran! se instalaban al pie de mi cama y me miraban con extraña obstinación.

Al día siguiente, á las ocho, llegué al colegio y hallé en la puerta al señor Viot, que, en pie allí, y con el manojito de llaves en la mano, vigilaba la entrada de los externos. Me acogió con su más amable sonrisa.

—Esperáos en el portal,—me dijo,—y cuando hayan entrado los colegiales, os presentaré á vuestros colegas.

Esperé en donde me decían, paseándome arriba y abajo y saludando humildemente á los señores profesores que llegaban muy sofocados. De aquellos caballeros, uno sólo me devolvió el saludo; fué un sacerdote; el profesor de filosofía «un original» según me dijo el señor Viot... pero desde aquel instante le tomé cariño á semejante original.

Tocó la campana y se llenaron las clases... En esto llegaron corriendo cuatro ó cinco mocetones de veinticinco á treinta años, mal vestidos y de rostro vulgar, y se detuvieron cortados, al observar el aspecto del señor Viot.

—Señores,—les dijo el inspector general señalándome,—aquí tenéis al señor Daniel Eyssette vuestro nuevo colega.

Dicho esto, hizo una reverencia y se retiró sonriendo.

29917

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

como siempre con la cabeza inclinada sobre el hombro y meneando las antipáticas llaves.

Mis colegas y yo nos miramos un momento en silencio hasta que el más alto y de más edad tomó la palabra. Era el señor Serrieres, el famoso Serrieres, al que yo iba á reemplazar.

—¡Pardiez!—exclamó con acento jovial.—Bien dicen que los maestros se suceden, pero que no se parecen.

Fué esto una alusión á la enorme diferencia de estatura que existía entre nosotros. Todos se rieron mucho, y yo el primero, pero puedo aseguraros que, en aquel momento, Poquita Cosa habría sido capaz de vender su alma al diablo, con tal de tener unas cuantas pulgadas más.

—Eso no le hace,—añadió el corpulento Serrieres, tendiéndome la mano;—pues aunque no estamos hechos para pasar por la misma talla, podemos, sin embargo, vaciar juntos unas cuantas botellas. Venid con nosotros, colega; yo pago el ponche de despedida, en el café de Barbette; quiero que seamos amigos, y haremos conocimiento trin-cando vaso en mano.

Y sin darme tiempo para responder, coló su brazo debajo del mío é hizo que le siguiese. El café de Barbette, al que me llevaban mis nuevos colegas, estaba situado en la plaza de armas. Frecuentábanlo mucho los subalternos de la guarnición, llamando mucho la atención, al entrar, la gran cantidad de schacós y de sables colgados de las perchas. Aquel día, la marcha de Serrieres y su ponche de despedida, habían atraído á gran número de parroquianos. Los suboficiales á los cuales me presentó Serrieres al llegar, me acogieron con bastante cordialidad. No obstante, á decir verdad, la llegada de Poquita Cosa no produjo gran impresión, quedando muy pronto olvidado en un rincón de la sala, en el que buscara tímidamente un refugio. Mientras se llenaban los vasos, el corpulento Serrieres fue-se á sentar á mi lado. Habíase quitado el gabán y tenía entre los dientes la boquilla de una larga pipa de barro, que tenía su nombre formado con letras de porcelana. Todos los pasantes del colegio tenían una pipa igual á aquella, en el café de Barbette.

—Ya véis, querido colega, como, á pesar de todo, se pasan aquí buenos ratos en el oficio,—me dijo el corpulento Serrieres.—En suma, que no caisteis con mal pie al em-

pezar por Sarlande. Ante todo, el ajenjo del café de Barbette es excelente, y después de todo, allá abajo, en la caja, no estaréis del todo mal.—La caja era el colegio.—Os vais á encargar de la clase de los pequeños, los que se debe tratar á baqueta. ¡Hay que ver cómo yo los amaestré! El director no es del todo malo, los colegas son buenos muchachos y no hay más que la vieja y el tío Viot...

—¿Qué vieja?—pregunté estremeciéndome.

—¡Oh! No tardaréis en conocerla. A cualquier hora del día ó de la noche, se la encuentra siempre rondando por el colegio, con sus enormes gafas... Es una tía del director y desempeña las funciones de ama de gobierno. ¡Ah! ¡Maldita! Si no nos morimos de hambre, no es porque no deje ella de poner los medios.

Con las señas que me daba Serrieres, reconocí al «hada» de las gafas, y, á pesar mío, sentía que me ponía encarnado, y diez veces estuve á punto de interrumpir á mi colega, y preguntarle:

—¿Y los ojos negros?

Pero no me atreví. ¡Hablar de los ojos negros en el café de Barbette!

Mientras tanto, circulaba el ponche, llenábanse los vasos vacíos y los llenos se vaciaban. Aquello fué una serie no interrumpida de brindis, ruidosas exclamaciones, tacos de billar al aire, abrazos, palmadas, grandes carcajadas, retruecanos, equívocos y confidencias.

Poco á poco fuese sintiendo Poquita Cosa, menos tímido. Abandonó su rincón y se paseó por el café hablando en alta voz, y vaso en mano. En aquellos momentos, suboficiales y sargentos eran sus amigos, y muy descaradamente contó á uno de ellos que pertenecía á una familia muy rica y que, á consecuencia de algunas locuras propias de un joven, habíale arrojado de la casa paterna, por lo que se metió á pasante para poder vivir, pero que no pensaba permanecer mucho tiempo en el colegio. ¡Ya comprenderían! ¡Teniendo una familia tan rica! ¡Ah! ¡Si los de Lyon hubiesen podido oírle en aquel momento!

¡Y lo que somos, sin embargo! Cuando se supo en el café de Barbette, que era un hijo de familia que estaba á mal con ella, un calavera ó quizás un granuja y no, como habría podido creerse, un pobre muchacho condenado por la miseria á dedicarse á la pedagogía, todo el

mundo me miró con más simpatía. Los suboficiales más antiguos no desdijeron mi compañía, dirigiéndome la palabra, y aun llegó más allá la cosa. En el momento de marcharme, Roger, el maestro de armas, mi amigo de la víspera, se puso en pie y brindó por Daniel Eyssette. Ya podéis suponer si Poquita Cosa estaría orgulloso. Este brindis dió la señal de marcha. Eran las diez menos cuarto, es decir, la hora de volver al colegio, en cuya puerta nos esperaba el hombre de las llaves.

—Señor Serrieres,—dijo á mi corpulento colega, al que el ponche de despedida hacía tambalear;—vais á ir por última vez á acompañar á vuestros alumnos á la clase, y una vez que estén en ella, iremos, el señor director y yo, á presentar al nuevo pasante.

En efecto, pocos minutos después, el director, el señor Viot y el nuevo pasante, hacían su solemne entrada en la clase. Todo el mundo se puso en pie. El director me presentó á los alumnos, pronunciando un discurso un poco largo, pero lleno de dignidad, y luego se retiró, seguido del corpulento Serrieres, al que el ponche de despedida atormentaba cada vez más. El último que se quedó fué el señor Viot, que no pronunció ningún discurso, pero sus llaves, ¡trinc! ¡trinc! ¡trinc! hablaron por él de una manera tan amenazadora, ¡trinc! ¡trinc! ¡trinc! que todas las cabezas se ocultaron tras las tapas de los pupitres, y el nuevo pasante no estaba tampoco muy tranquilo.

En cuanto se alejaron las terribles llaves, aparecieron una porción de caritas maliciosas, asomándose por detrás de los pupitres; todas las barbas de las plumas se acercaron á los labios; todos aquellos ojillos brillantes, burlones, semiasustados, fijáronse en mí, mientras que de mesa en mesa circulaba un prolongado murmullo.

Un tanto turbado, subí lentamente los escalones de la plataforma en que estaba mi mesa; intenté después dirigir á mi alrededor una mirada feroz, y luego, ahuecando la voz, grité, entre dos fuertes golpes dados en la mesa:

—¡Trabajemos, señores, trabajemos!

Así empezó Poquita Cosa su primera clase.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

No eran éstos los malos, sino los otros. Los pequeños no me hicieron nunca nada malo, y yo los quería mucho, porque aun no oían á colegio, leyéndose en sus ojos toda su alma. Jamás los castigaba, ¿y para qué? ¿Acaso se castiga á los pájaros? Cuando piaban con demasiada fuerza, no tenía que hacer más que gritar:

—¡Silencio!—y toda la pajarera se callaba, al menos por cinco minutos.

El más crecido de la clase tenía once años. ¡Figuráos, once años! ¡Y el corpulento Serrieres que se jactaba de haberlos tratado á baqueta! Yo no los traté nunca á baqueta, sino que traté siempre de hacerlo con mucho cariño, y á esto se redujo todo.

En algunas ocasiones, y cuando habían sido buenos, les contaba alguna historia ó cuento. ¡Una historia! ¡Qué dicha! Todos recogían apresuradamente sus cartapacios, cerraban los libros, guardaban tinteros, reglas, portaplumas, arrojándolo todo en confuso montón en los pupitres, y luego, con los brazos cruzados sobre éstos y abriendo mucho los ojos, poníanse á escuchar. En su obsequio había yo compuesto cinco ó seis cuentos fantásticos: «Historia de una cigarra. Infortunios de Juan Conejo», etc., porque entonces, como me pasa hoy, ese buen hombre, Lafontaine, era mi santo predilecto en el calendario literario, y mis novelas no hacían más que comentar sus fábulas, solo que en ellas ponía yo algo de mi propia historia. En ellas había siempre algún pobre grillo obligado á ganarse la vida, lo mismo que el pobre Poquita Cosa, ó una cuquita de la Virgen, que pasaba la vida encuadrando y llorando como mi hermano Jacobo. Esto divertía mucho á mis pequeños, y á mí también. Por desgracia, el señor Viot no era partidario de que nadie se divirtiese de aquella manera,

Tres ó cuatro veces á la semana, el hombre terrible de las llaves, giraba una visita de inspección al colegio, para enterarse de si todo se hacía con arreglo al reglamento... Sucedió, pues, que uno de esos días, llegó á nuestra clase, precisamente en el momento más patético de la historia de Juan Conejo. Al ver entrar al señor Viot, echóse á temblar toda la clase, y los pobres niños se miraron asustados. El narrador se calló en el acto, y Juan Conejo, sin saber lo que le pasaba, se quedó con una patita en el aire, y ende-rezando muy asustado sus orejas.

De pie, ante mi plataforma, dirigió el sonriente señor Viot una prolongada mirada de asombro á los desocupa-dos pupitres. No habló, pero sus llaves agitáronse de una manera feroz:

—¡Trin! ¡Trin! ¡Trin! ¿Qué es eso, so holgazanes? ¿No se trabaja aquí?

Intenté, aunque temblando mucho, apaciguar á las terribles llaves.

—Esos señores,—balbuceé,—han trabajado mucho estos días, y quise recompensarles contándoles una historieta.

No me respondió el señor Viot; inclinóse, sonriendo, hizo refunfuñar por última vez sus llaves y se fué. Por la tarde, durante el recreo de las cuatro, se me acercó y me entregó, sonriendo como siempre y sin hablar, el cuaderno del Reglamento, abierto por la página doce:

«Deberes del profesor para con los alumnos.»

Comprendí que no se debían contar historietas, y no lo volví á hacer más.

Durante algunos días, estuvieron inconsolables mis pequeños; les faltaba su Juan Conejo, y se me oprimía el corazón al pensar que no se lo podía devolver. ¡Cuánto cariño les tenía yo á aquellos chicuelos! No nos separábamos nunca. El colegio estaba dividido en tres secciones, muy separadas: mayores, medianos y pequeños. Cada sección tenía su patio, su dormitorio y su clase; de modo, que mis pequeñuelos eran míos, muy míos, pareciéndome que yo tenía treinta y cinco hijos.

Fuera de ellos, no contaba con ningún amigo. En vano el señor Viot me cogía del brazo durante las horas de recreo, para darme consejos respecto al reglamento; no le tenía apégo ni estimación, no podía tenerse los, porque sus llaves me daban mucho miedo. Al director no le veía ja-

más, y los profesores despreciaban á Poquita Cosa y le miraban desde lo alto de sus birretes. En cuanto á mis colegas, la simpatía de que el hombre de las llaves parecía darme pruebas, me enagenó las suyas, á parte de que después de mi presentación á los suboficiales, no había yo vuelto á presentarme en el café de Barbette, y esto no me lo perdonaban aquellas gentes.

Hasta Cassagne, el portero, y Roger, el profesor de esgrima, estaban también en contra mía. Este último, parecía tenerme una ojeriza atroz. Cuando yo pasaba por su lado, retorciase el bigote con aire feroz, dirigiendo miradas tremendas á todas partes, como si hubiese querido acuchillar á un centenar de árabes. Una vez, mirándome y hablando en voz muy alta, dijo á Cassagne:

—Lo que es á mí, no me gustan los espías.

Cassagne no le respondió, mas, en la cara que puso, comprendí que tampoco le gustaban á él. ¿De qué espías se trataba? Esto me dió mucho que pensar.

Tomé animosamente mi partido, ante una antipatía tan general. El profesor de los medianos, compartía conmigo una reducida habitación, situada en el tercer piso, bajo el tejado, y allí era en donde yo me refugiaba durante las horas de clase, y como mi colega pasaba todo el tiempo que tenía libre, en el café de Barbette, aquella habitación me pertenecía, era la mía, estaba en mi casa, y apenas entraba en ella, me encerraba, dando dos vueltas á la llave; arrastraba mi maleta, porque allí no había sillas, hasta colocarla delante de un pupitre muy viejo, todo él manchado de tinta y lleno de inscripciones, hechas con el cor-taplumas, colocaba después todos mis libros encima y manos á la obra.

Sucedía esto en primavera... Cuando levantaba la cabeza, veía el cielo azul y los añosos árboles del patio, cubiertos de hojas. Fuera no se oía más ruido que, de vez en cuando, la voz monótona de algún alumno que recitaba la lección, la exclamación colérica de algún profesor, y una que otra disputa de gorriones entre las hojas... Después, todo volvía á quedar en silencio, como si el colegio estuviese durmiendo.

Poquita Cosa no dormía; no soñaba siquiera, que es una manera agradable de dormir. Trabajaba sin tregua ni descanso, atiborrándose de griego y de latín hasta hacerse

saltar los sesos. Algunas veces, en medio de lo más árido de su tarea, oía que un dedo misterioso tocaba á la puerta.

—¿Quién hay?

—Soy yo, la musa, tu antigua amiga, la mujer del cuaderno rojo; abre pronto, Poquita Cosa.

Pero éste guardábase muy mucho de abrir. ¡A fe mía que no se trataba entonces de la musa! ¡Al demonio el cuaderno rojo! Lo más importante, en aquellos momentos, era hacer muchos temas griegos, recibir el grado de licenciado y ser nombrado profesor, para reconstruir cuanto antes un hermoso y nuevo hogar para la familia de Eys sette.

El pensamiento de que trabajaba para la familia, me infundía gran valor y hacíame más agradable la vida. Hasta mi cuarto parecía embellecerse. ¡Oh, desván! ¡Que rido desván! ¡Qué horas más agradables pasé entre tus cuatro paredes! ¡Cuánto trabajé allí! ¡Y qué reanimado me sentía!

Si tenía algunas horas buenas, pasaba, en cambio, otras muy malas. Dos veces á la semana, el domingo y el jueves, tenía que llevar los colegiales á paseo, y éste era un verdadero suplicio para mí.

Generalmente íbamos á la pradera, una llanurita cubierta de césped que se extendía como una alfombra al pie de la montaña y á una media legua de la ciudad. Embellecían aquel sitio, haciéndolo agradable á la vista, unos cuantos corpulentos castaños, tres ó cuatro merenderos pintarrajeados de amarillo y un manantial cuyas aguas corrían entre la hierba. Las tres clases dirigíanse por separado á aquel lugar y una vez allí reuníanse las tres bajo la vigilancia de un solo pasante que solía ser yo, porque mis colegas marchábanse á los merenderos inmediatos para que los convidasen los mayores, y como á mí no me invitaban jamás, quedábame para vigilar á los colegiales. ¡Un trabajo muy duro en un sitio tan hermoso! ¡Qué agradable habría sido poderse tender sobre aquella hierba verde á la sombra de los castaños, embriagarse con el aroma de las florecillas y escuchar como susurraba la fuentequilla. En vez de esto era necesario vigilar, castigar, gritar... como que estaba encargado de la vigilancia de todo el colegio y esto era terrible.

Pero lo más terrible aun, no era el vigilar los colegiales

en la Pradera, sino el atravesar la ciudad con los de mi sección, la de los pequeños. Las otras dos secciones marchaban muy bien el paso y taconeaban como veteranos; lo que hacía recordar la disciplina y el tambor, pero mis pequeños no entendían nada de estas cosas tan bonitas. No iban en fila, se agarraban de la mano é iban charlando todo el camino. En vano yo les gritaba:

—¡Conservad la distancia!—porque no entendían y continuaban con el mayor desorden.

Estaba bastante contento de los que marchaban á la cabeza de la columna en la que ponía á los más crecidos y serios, á los que llevaban uniforme, pero en la cola ¡qué confusión y qué desorden! Una chiquillería bulliciosa, despeinada, con las manos sucias y los pantalones rotos! No me atrevía siquiera á mirarlos.

«Desinit in picem,» me decía respecto á esto el sonriente señor Viot, que, en ciertos momentos, era hombre de ingenio. El hecho era que la cola de mi columna tenía una facha deplorable. Figuráos, por tanto, cuál sería mi desesperación al tener que presentarme con semejante tropa, sobre todo los domingos, en las calles de Sarlande... cuando tocaban las campanas y las calles estaban más llenas de gente. Encontrábame en ellas, colegios de niñas que iban á vísperas, modistas con cofia rosa, y elegantes con pantalón gris perla, y era necesario atravesar por en medio de toda aquella gente con una casaquilla raída y una ridícula sección del colegio ¡qué vergüenza!

Entre todos aquellos despeinados diablillos que yo me veía obligado á pasear dos veces á la semana por la ciudad, había sobre todo uno, un medio interno, que era mi desesperación por su fealdad y su mal aspecto.

Imagináos un deforme y pequeño aborto, pero tan chiquitito que era ridículo y además de esto poco agraciado, sucio, mal peinado, queapestaba el arroyo y además, para que no le faltase nada, patizambo, pero de una manera horrorosa. Con seguridad que jamás figuró alumno semejante, (si era posible dar á aquello el nombre de alumno) en las hojas de la inscripción de la Universidad. Era lo suficiente para deshonorar á un colegio. Habíale tomado aversión y cuando, en los días de paseo, le veía pavonearse á la cola de la columna con la gracia de un pato peque-

Poquita Cosa,—4

ño, sentía grandes deseos de emprenderla á puntapiés con él, y echarle de allí para que no deshonrase mi sección. Vanvan, le habíamos puesto ese apodo á consecuencia de su manera más que irregular de andar, estaba muy lejos de pertenecer á una familia aristocrática. Esto se observaba sin trabajo alguno en sus modales, en su manera de expresarse y sobre todo en las buenas relaciones que tenía en el país. Todos los chicuelos de Sarlande eran amigos suyos.

Gracias á él, y siempre que salíamos, nos venía pisando los talones una nube de chicuelos que nos acosaban haciendo la rueda detrás de nosotros, llamando á Vanvan por su nombre, enseñándosele con el dedo, arrojándole cáscaras de castaña y haciendo otras mil travesuras. Esto divertía mucho á mis pequeñuelos pero no me reía, y todas las semanas enviaba al director un parte muy detallado acerca del alumno Vanvan, y los numerosos desórdenes que provocaba su presencia; por desdicha mía, mis partes quedaban sin contestación y yo me veía obligado á presentarme todas las semanas en las calles en compañía del señor Vanvan, más sucio y más patizambo cada día.

Un domingo entre otros, un hermoso día de fiesta y de gran sol, se me presentó á la hora del paseo en un estado tal de traje y de persona, que nos asustó á todos. No podréis jamás soñar nada parecido; tenía sucias las manos, los zapatos sin cordones, y barro hasta en el pelo, faltándole casi los pantalones, un monstruo.

Lo más risible era que probablemente habían tratado de hermostrarlo aquel día, antes de enviármele. Su cabeza, que estaba mejor peinada que de costumbre, estaba llena aún de pomada, y en el lazo de la corbata se le notaba un no sé qué, que revelaba la intervención de los dedos maternos, pero ¡había tantas calles enlodadas antes de llegar al colegio! Y Vanvan se revolcó en todas. Cuando le ví ocupar su puesto entre todos los demás, y tan tranquilo y sereno como si no hubiese ocurrido nada, no pude contener un movimiento de horror y de indignación y le grité:

—¡Vete!

Creyóse Vanvan que yo bromeaba y siguió sonriendo; ¡se creía que aquel día estaba muy hermoso! Y le grité otra vez:

—¡Vete! ¡Vete!

Mírome con aire triste y sumiso; sus ojos suplicaban: pero fué inexorable y la sección de los pequeños echó á andar dejándole solo é inmóvil en medio de la calle. Créeme libre de él para todo el día, hasta que al salir de la ciudad, las risas y murmullos de la retaguardia me hicieron volver la cabeza y ví que á cuatro ó cinco pasos de nosotros seguía Vanvan el paseo con mucha gravedad.

—Apretad el paso,—dije á los dos primeros y los colegiales comprendiendo que se trataba de hacer una mala jugada al patizambo y toda la sección salió á la carrera al mismo tiempo que se volvían para enterarse de si Vanvan podía seguir; y se reían al verle allá á lo lejos, tamaño como el puño y trotando en medio del polvo del camino y pasando por entre los vendedores de bollos y de agua de limón.

El testarudo patizambo, llegó al mismo tiempo que nosotros á la Pradera; sólo que estaba pálido, rendido de cansancio y arrastraba de tal manera la pierna que daba pena verle. Aquello me llegó al corazón y un tanto avergonzado de mi crueldad le llamé con dulzura para que fuese á mi lado.

Llevaba puesta una blusita ajada y de cuadritos encarnados, la blusa de Poquita Cosa en el colegio de Lyon. Reconocí en el acto aquella blusa y en mi fuero interno me dije:

—¿No te da vergüenza, miserable? ¡Eres tú mismo, es á Poquita Cosa, á quien estás martirizando de ese modo! Y llorando amargas lágrimas interiores compadecí y quise con toda mi alma al pobre desheredado.

Vanvan se había sentado en el suelo porque le hacían daño las piernas y yo me senté á su lado hablándole y comprándole una naranja... Habría querido lavarle los pies...

Desde aquel día Vanvan fué mi amigo y supe cosas referentes á él, que me enternecieron mucho.

Era hijo de un herrador que entusiasmado con lo que por todas partes oía decir acerca de las ventajas de la educación, trabajaba ¡pobre hombre! sin tregua ni descanso para poder enviar á su hijo como medio pensionista al colegio, pero ¡ay! por desgracia Vanvan no había nacido para el colegio, y éste no le aprovechaba mucho.

El día de mi entrada le dieron una plana modelo de palotes, diciéndole:

—¡Hoy, palotes!

Y Vauvan llevaba un año haciendo palotes, ¡y qué palotes, Dios mío! Torcidos, sucios, emborrionados, cojos, retorcidos! ¡Los palotes de Vanvan!

Nadie le hacía caso ni formaba parte de ninguna clase y generalmente se metía en la primera que encontraba abierta. Un día le hallaron preparándose á hacer sus palotes en la clase de filosofía! ¡Era un colegial muy extraño el tal Vanvan!

Algunas veces, cuando estaba en la clase, entreteníame en mirarle, doblado en dos el papel, sudando, soplando, sacando la lengua, teniendo cogida la pluma con las dos manos, y apoyándose con toda su fuerza como si hubiese querido atravesar la mesa... Mojaba la pluma cada vez que tenía que hacer un nuevo palote y al acabar la línea metía la lengua en la boca y descansaba restregándose las manos.

Desde que éramos amigos trabajaba con el mayor buen deseo, y cuando terminaba una plana se apresuraba á subir á la plataforma y á depositar delante de mí su obra maestra sin decir una palabra. Dábale yo una cariñosa palmadita en la mejilla y le decía:

—¡Está muy bien!

Aquello era horroroso, pero yo no quería desalentarle.

En realidad, empezaban, aunque poco, á ser más derechos los palotes, la pluma echaba menos borrones y no había tanta tinta en los cuadernos... Creo que había logrado, al fin, enseñarle alguna cosa, pero el destino, por desgracia, nos separó. El pasante de los medianos se marchó del colegio y como el curso estaba terminándose, el director no quiso tomar otro nuevo. De la clase de los pequeños se hizo cargo un alumno de retórica, que tenía barba, y á mí me encargaron de la clase de los medianos.

Consideré esto como una catástrofe porque, ante todo, los medianos me asustaban. Los había visto sueltos en los días de la pradera y sabía de lo que eran capaces, y la idea de vivir continuamente á su lado, me oprimía el corazón. Además de esto, érame preciso abandonar á mis pequeños á los que yo quería tanto ¿cómo se portaría con ellos el retórico aventajado? ¿Qué iba á ser de Vanvan? En reali-

dad era yo desgraciado. Y mis pequeños se desesperaron también al enterarse de que me marchaba. El día en que les di la última clase se sintió una emoción general cuando sonó la campana... Todos quisieron besarme y abrazarme, y os aseguro que algunos me dijeron cosas muy encantadoras.

¿Y Vanvan? Este no habló, y únicamente en el momento en que yo salía de la clase se me acercó muy encendido y me puso en la mano, con ademán solemne, un soberbio cartapacio de palotes que había hecho en mi obsequio. ¡Pobre niño!

VII

El pasante

Tomé posesión de la clase de los medianos y en ella hallé á una cincuentena de muchachos, más que traviesos, malos, montañeses mofletudos, de doce á catorce años, hijos de labradores ricos, á los que sus padres enviaban al colegio para que éste, mediante el pago de ciento veinte francos por trimestre, los convirtiese en pequeños burgueses. Eran groseros, insolentes, orgullosos y hablaban entre ellos un rudo dialecto cevenol, del que yo no entendía ni una palabra, y tenían todos ellos esa fealdad peculiar de la infancia que está de muda de edad, rojas manazas con sabañones y grietas; voces de gallitos roncós, la mirada embrutecida y además de todo eso el tufo del colegio... Me aborrecieron en el acto sin conocerme; era yo para ellos el enemigo, el pasante, y desde el día que me senté en lo alto de mi plataforma, se declaró la guerra entre nosotros, pero una guerra encarnizada, sin tregua y de todos los instantes.

¡Ah! ¡Cuánto me hicieron sufrir aquellas criaturas crueles! Quisiera hablar sin rencor ¡aquellas tristezas, están tan lejos de nosotros! Pues bien, no puedo y ahora mismo, en los momentos en que estoy escribiendo estas líneas, siento

que la fiebre y la emoción hacen temblar mi mano; me parece que aún me está sucediendo.

Supongo que ellos no se acordarán de mí ni de los hermosos lentes que compré para darme más aire de gravedad. Ahora mis ambiguos discípulos serán hombres y hombres serios. Soubergal, debe ser notario en alguna población, allá en Cevennes; Veillon (el menor) secretario de algún tribunal; Loupi, farmacéutico y Bouzanquet, veterinario. Tendrán posición, abdomen, todo lo que se necesita.

Algunas veces, cuando se encuentren en el círculo ó en la plaza de la iglesia, si se acuerdan de los buenos tiempos del colegio, puede que hablen de mí.

—Dí, secretario ¿te acuerdas de Eyssette, nuestro pasantillo de Sarlande, con sus largos cabellos y su cara de papel mascado? ¡Qué buenas jugarretas le hemos hecho!

Nada más cierto, señores. Tan buenas se las hicisteis que vuestro antiguo pasante aun no las ha olvidado. ¡Ah! ¡Desventurado pasante! ¡Cuánto hacía reír y cuánto no le hicisteis llorar á él! ¡Sí, llorar! Le hicisteis llorar y esto hizo que vuestras jugarretas fuesen mejores. ¡Cuántas veces después de un día de prolongado martirio, el pobre diablo acurrucado en su cama, mordió las sábanas para que no lo oyérais sollozar!

Es una cosa terrible vivir rodeado de malevolencias, tener siempre miedo, tener que estar continuamente alerta, mostrarse malo y pronto á defenderse. Es muy terrible tener que castigar, porque, á pesar de uno no quererlo, se cometen injusticias. Es tremendo el dudar, el ver asechanzas por todas partes, ni poder comer, dormir ni descansar con tranquilidad, y decirse hasta en los momentos de tregua:

—¡Ah! ¡Dios mío! ¿Qué será lo que irán á hacerme ahora?

No, aun cuando viviese cien años jamás olvidaría el pasante Daniel Eyssette todo lo que sufrió en el colegio de Sarlande, desde el día nefasto en que se hizo cargo de la clase de los medianos. Y, no obstante, no quiero mentir, había ganado alguna cosa al cambiar de clase, pues podía ver los ojos negros.

Dos veces al día, y durante las horas del recreo, los podía ver desde lejos trabajando detrás de una ventana del

primer piso que daba al patio de los medianos... Allí estaban más negros y más rasgados que nunca, inclinados desde por la mañana hasta por la noche sobre una interminable labor, porque los ojos negros cosían, no dejaban de hacerlo ni un solo instante. Era para coser, y nada más que para esto, para lo que la vieja hada de las gafas los había sacado del hospicio, los ojos negros no conocían ni á su padre ni á su madre, y desde que empezaba el año hasta que concluía cosían, y cosían sin descanso bajo la implacable mirada de la horrorosa y vieja hada de las gafas, que hilaba á su lado con la rueca.

Por lo que á mí hacía, los miraba y las horas del recreo me parecían muy cortas, y habríame pasado la vida entera bajo aquella ventana tras la cual trabajaban los ojos negros que también sabían que yo estaba allí. De vez en cuando se apartaban de su costura y con ayuda de la mirada nos hablábamos sin hablarnos.

—¿Sois muy desgraciado, señor Eyssette?

—¿Y vosotros también, pobres ojos negros?

—No tenemos padre ni madre.

—Mi padre y mi madre están muy lejos.

—El hada de las gafas es terrible... si supiérais.

—A mí también me hacen sufrir mucho esos niños.

—¡Valor, señor Eyssette!

—¡Valor, hermosos ojos negros!

Y no se decían nunca nada más. Muchas veces tenía miedo de que se presentase el señor Viot con sus llaves ¡trin! ¡trin! ¡trin! y allá arriba, tras la ventana, los ojos negros, tenían su señor Viot. Terminado mi diálogo de un minuto, bajábanse muy deprisa y reanudaban su costura bajo la feroz mirada de las grandes gafas de montura de acero.

¡Queridos ojos negros! Jamás nos hablábamos más que á largas distancias y con miradas furtivas y, sin embargo, yo los quería con toda mi alma.

También estimaba mucho al abate Germán. Era este el profesor de filosofía. Pasaba por un ente original, pero en el colegio todo el mundo le temía, hasta el director y el señor Viot. Hablaba muy poco, con una voz breve y desahogada y nos tutaba á todos; andaba con paso largo, la cabeza echada hacia atrás, la sotana remangada y haciendo sonar, lo mismo que un dragón, sus zapatos de hebilla.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE LEÓN
"ALFONSO REYES"
1860. 1625 MONTEPERRI, M.

Era alto y fornido. Durante mucho tiempo habíale creído hermoso, pero un día, mirándole desde cerca, observé que la viruela desfiguraba aquella hermosa cara de león, pero de una manera horrorosa. No había un solo sitio en su rostro que no estuviese acuchillado, cortado y lleno de cortazonas; era un Mirabeau con sotana.

Vivía solo y sombrío en una reducida habitación que ocupaba el otro extremo de la casa, y en lo que se llamaba el colegio viejo. Excepción hecha de sus dos hermanos, dos traviosos muchachos que pertenecían á mi clase y á los que él pagaba los estudios, nadie entraba en su cuarto. Por la noche, cuando atravesábamos los patios para subir á los dormitorios, se veía allá abajo, en los edificios negros y arruinados del antiguo colegio, una lucecita que velaba; era la lámpara del abate Germán. Muchas veces también por la mañana, al bajar para el estudio de las seis, veía á través de la niebla, que la lámpara seguía ardiendo; el abate Germán no se había acostado... Se decía en el colegio que estaba escribiendo una obra muy importante de filosofía.

Confieso por mi parte que, hasta antes de tratarle, sentía yo una extraña simpatía hacia aquel extraño personaje. Su rostro horrible y hermoso, en el que resplandecía de extraordinaria manera la inteligencia, me seducía, sólo que como me había asustado tanto con sus rarezas y brutalidades no me atrevía á acercarme á él. Y, no obstante, por dicha mía, me acerqué, y he aquí en qué circunstancias lo hice.

Hay que decir ante todo que en aquellos tiempos estaba yo enfrascado hasta el cuello en el estudio de la historia, de la filosofía. ¡Rudo trabajo para Poquita Cosa! Así pues un día ocurrióseme la idea de leer á Condillac y, dicho sea entre nosotros, no vale la pena de tomarse el trabajo de leerlo, es un filósofo para reír, y todo su bagaje filosófico cogería dentro del hueco de la piedra de una de esas sortijas que venden á veinticinco sueldos, pero ¡qué queréis! cuando uno es joven se tienen ideas muy equivocadas acerca de los hombres y de las cosas.

Como iba diciendo, quería leer á Condillac y necesitaba un Condillac, costase lo que costase; por desgracia en la biblioteca del colegio no había ninguno, y los libreros de Sarlande no tenían semejante obra. Resolví dirigirme al

abate Germán. Sus hermanos habíanme dicho que tenía en su habitación más de dos mil volúmenes, y yo no dudé que entre ellos hallaría el libro de mis ensueños. Asustábame, empero, aquel demonio de hombre, y para decidirse á subir á su guarida no era suficiente todo mi afán de conocer la obra del señor de Condillac.

Al llegar delante de la puerta temblábanme de miedo las piernas... llamé dos veces con mucha suavidad.

—¡Adelante!—me dijo una voz de Títaro.

Hallé al tremendo abate Germán sentado á horcajadas en una silla baja, con las piernas extendidas, recogida la sotana y dejando al descubierto los gruesos músculos que se dibujaban vigorosamente bajo sus medias de seda negra. De bruces sobre el respaldo de la silla leía un infolio encuadernado de rojo, y fumaba, haciendo mucho ruido, en una pipa corta y muy culotada, de esas que se llaman «abrasa gañotes».

—¡Ah! ¡Eres tú!—me dijo sin apartar casi los ojos de su infolio.—¡Buenos días! ¿Cómo sigues? ¿Qué es lo que quieres?

Lo desabrido y seco de su voz, el aspecto severo de aquella habitación cuyas paredes estaban cubiertas de libros, la extraña manera que tenía de estar sentado y hasta aquella pipa pequeña y negra que sujetaba entre los dientes, me intimidaron de una manera extraordinaria. Conseguí, sin embargo, más bien ó más mal el objeto de mi visita, y me atreví á pedirle el famoso Condillac.

—¡Condillac! ¡Qué quieres leer á Condillac!—me respondió el abate sonriendo.—¡Qué idea más rara! ¿Acaso no te gustaría más fumar un pipa conmigo? Mira, descuelga esa que hay ahí en la pared, cárgala y enciéndela... y ya verás como eso vale mucho más que todos los Condillacs de la tierra.

Me excusé con el gesto y poniéndome encarnado hasta las orejas.

—¿Qué no quieres? Como gustes, amiguito. El Condillac que deseas está ahí arriba, en el tercer estante de la izquierda... Quieres llevártelo, te lo presto... Sobre todo, ten cuidado de no estropearlo, porque si lo haces, te corto las orejas.

Busqué á Condillac en el sitio que me decían, en el ter-

cer estante de la izquierda, y me disponía á salir de la habitación, cuando el abate me detuvo.

—¿Qué! ¿Te ocupas de filosofía?—me dijo mirándome á los ojos.—¿Por casualidad creerías en ella? ¡Historias, querido, nada más que historias! ¡Y pensar que han querido convertirme á mí en un profesor de filosofía! Yo quisiera que me dijese... Enseñar, pero ¿el qué? cero, vacío... También podían haber hecho, ya que se pusieron á ello, que me nombrasen inspector general de las estrellas ó revisor del humo de las pipas. ¡Ah! ¡Miserio de mí! ¡Cuántos extraños oficios hay que hacer á veces, para ganarse la vida! Tú ya estás enterado de algo de esto ¿no es verdad? ¡Ah! No hay necesidad de que te pongas tan encarnado. Sé que no eres dichoso, pobre pasante, y que esos chicuelos te hacen pasar ratos crueles.

Al llegar á esto interrumpióse el abate Germán un momento. Parecía estar muy incomodado y sacudía con furor la pipa sobre la uña. En cuanto á mí, me emocioné mucho al oír que un hombre tan digno se apiadaba de mi suerte, y coloqué el Condillac delante de los ojos para ocultar los lagrimones que los empañaban. Casi en el acto prosiguió el abate:

—A propósito... ¿se me olvidaba preguntarte ¿amas al buen Dios? ¡Para que lo sepas, es preciso quererle! Sí, querido, y tener confianza en él, rogándole con fe, y si no lo haces así, no saldrás adelante... Para los grandes sufrimientos de la vida no sé más que tres remedios: el trabajo, la oración y la pipa; pero la pipa de barro y muy corta, no lo olvidas... En cuanto á los filósofos no cuentas nunca con ellos, porque jamás te consolarán de nada... He pasado por ello, sé lo que es y puedes creerme...

—Os creo, señor abate.

—Ahora márchate, porque me molestas y cansas... Cuando quieras algún libro no tienes que hacer más que venir á buscarlo... La llave de la puerta está siempre puesta, y los filósofos los encontrarás en el tercer estante de la izquierda... No me digas ni una palabra más, ¡adiós!

Dicho esto reanudó su lectura y me dejó que me marchase sin decirme ni una palabra más ni mirarme siquiera. Desde aquel día tuve á mi disposición todos los filósofos del mundo y entré en el cuarto del abate Germán sin llamar y como en el mío propio. Con mucha frecuencia á

las horas en que yo iba hallábalo vacío, porque el abate estaba en su clase. La pipa dormía en el borde de la mesa en medio de un infolio encuadernado de rojo y muchísimas cuartillas cubiertas de patitas de mosca... Otras veces encontraba al abate Germán que estaba leyendo, escribiendo ó paseándose, y dando zancadas por el cuarto, y al entrar decíale yo con voz tímida:

—Buenos días, señor abate.

No me respondía la mayor parte de las veces... Escogía mi filósofo en el tercer estante de la izquierda y me marchaba sin que ni siquiera sospechase mi presencia... Hasta finalizar el curso apenas cambiamos veinte palabras, pero ¡no me importa! había algo que me decía que éramos muy amigos.

Entretanto acercábanse las vacaciones: se oía todo el día á los alumnos de la clase de música que estaban ensayando en la clase de dibujo polkas y marchas para el día de la distribución de los premios. Aquellas polkas alegraban á todo el mundo, y por la noche, durante las horas de estudio, se veía sacar de los pupitres una porción de calendarios y todos los muchachos borraban en el suyo el día que acababa de pasar. «¡Uno menos!» Los patios estaban llenos de tablas que debían emplearse para levantar el estrado; se limpiaban los sillones y se sacudían las alfombras... se trabajaba más y había más disciplina. A pesar de esto, y hasta el fin, continuaron las terribles jugarretas de los medianos y su odio al pasante.

Al cabo llegó el gran día y era hora, porque yo no habría podido resistir más.

La distribución de los premios se hizo en mi patio, en el de los medianos... Me parece que estoy viendo aún su abigarrado toldo, sus paredes cubiertas de blancas telas, sus añosos árboles adornados con banderas, y por cima de todo esto un bosque de birretes, kepis, schacós, cascos, sombreros de plumas, otros bordados, muchas flores, penachos y adornos mil... En el fondo un alto y gran estrado, en el que se habían instalado las autoridades del colegio en sillones de terciopelo granate. ¡Ah! ¡Qué estrado aquél! ¡Qué pequeño ante él se consideraba uno! ¡Qué aire de superioridad y de desdén comunicaba á los que estaban encima. Ninguno de aquellos señores tenía la cara de todos los días.

El abate Germán estaba también allí, pero no parecía que se le figurase siquiera. Recatado en su sillón y con la cabeza echada hacia atrás, escuchaba con oído distraído lo que decían los que estaban á su lado, y parecía seguir con la mirada á través del follaje, el humo de una pipa imaginaria. Al pie del estrado hallábase la música, compuesta de trombones y de cornetines de pistón, y el sol reflejábale en los instrumentos; las tres secciones estaban sentadas apretadamente en los bancos con sus pasantes á la cabeza y detrás el público formado por los parientes. El profesor de segunda, ofrecía el brazo á las señoras, y gritaba: «¡Paso! ¡Paso!» y, por último, perdidas entre la muchedumbre, las llaves del señor Viot, que corrían de un extremo á otro del patio, y á las que se oía ¡trin! ¡trin! ¡trin! á derecha y á izquierda, en todas partes en fin.

Empezó la ceremonia: hacía calor y bajo el toldo no circulaba el aire... había señoras gruesas de rostro rubicundo que se adormilaban á la sombra de sus sombrillas y señores calvos que se enjugaban el sudor de sus cabezas con pañuelos encarnados... Todo era rojo: rostros, alfombras, atpices, banderas, sillones... Se pronunciaron tres discursos que fueron muy aplaudidos, pero yo no oí. Allá arriba, detrás de la ventana del primer piso estaban cosiendo los ojos negros en el sitio de costumbre y mi alma volaba hacia ellos. ¡Pobres ojos negros! Ni aun en aquel día les dejaba descansar el hada de las gafas.

Después de pronunciarse el nombre del agraciado con el último accésit de la última clase, empezó la música una marcha triunfal y todo el mundo se desbandó. El barullo fué general. Los profesores abandonaron el tablado y los colegiales saltaron por cima de los bancos para reunirse con sus familias. Se besaban y se llamaban: «¡Por aquí! ¡Por aquí!» Las hermanas de los alumnos premiados iban muy orgullosas con las coronas de sus hermanos... Los vestidos de seda crujían entre las filas de sillas, y mientras tanto, é inmóvil tras un árbol, veía pasar Poquita Costa á tan hermosas damas y le avergonzaba el verse tan insignificante, y con una casaquilla tan raída.

Poco á poco fuese vaciando el patio. En la puerta principal hallábase el director y el señor Viot en pie, acariciando al paso á los colegiales y saludando humildemente hasta el suelo á las familias.

—¡Hasta el curso próximo! ¡Hasta el año que viene!— decía el director con mimosa sonrisa, y las llaves del señor Viot resonaban con acariciador sonido, como diciendo: «¡Trin! ¡trin! ¡trin! Volved á vernos, amiguitos, el año que viene! ¡Volved!»

Los chicuelos dejábanse besar y abrazar con mucha indiferencia y franqueaban de un salto la escalera para subir unos á blasonados carruajes, en los que sus madres y hermanas encogían sus alineadas faldas para hacerles sitio. «¡Arrea cochero! ¡En marcha para el castillo! Vamos á ver nuestros parques, praderas, el césped bajo las acacias, las pajareas llenas de aves raras, el estanque con sus dos cisnes y la gran terraza con balaustres, en la que se toman helados por la noche».

Encaramábanse otros en los coches de familia al lado de muchachas jóvenes y bonitas que se reían con toda su alma bajo sus blancas cofias. La arrendataria, con su cadena de oro al cuello, era la que guiaba jarre, Maturimal. Volvemos á la granja, vamos á comer manteca fresca y requesón, á beber vino moscatel, á cazar con reclamo todo el día, y á revolcarnos en el oloroso heno que tan bien huele.

¡Felices muchachos! Se iban, se alejaban todos. ¡Ah! ¡Si yo también hubiese podido marcharme!

VIII

Los ojos negros

Á la sazón el colegio estaba desierto. Todo el mundo se había marchado... De un extremo á otro de los dormitorios, escuadrones de grandes ratas daban cargas de caballería, hasta en pleno día... Los tinteros se secaban en los pupitres. Bajo los árboles de los patios las secciones de gorriones estaban de fiesta continua; aquellos señores habían invitado á todos sus compañeros de la ciudad,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE HISTORIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1525 MONTERREY, MEXICO